

La cosecha de la pobre Albina

por el Rdo. P. Claerhoudt

DESDE las laderas del Karaw hasta las azules aguas del Ago extendíanse los dorados arrozales, cual amplio lienzo de oro mecido dulcemente por la suave brisa. Había llegado el tiempo de la cosecha y los alegres rapazuelos que correteaban todo el día por el campo ahuyentando a las golondrians, redoblaron su vigilancia, gritando con voces más chilonas y penetrantes y azotando con mayor fuerza sus látigos de caña, 'pakpaks'.

Cuando comenzó a cosecharse el precioso grano en los fértiles campos del rico Pantang, quedó desierto el pueblecito, habiéndose marchado todos al campo para asistir a las ceremonias de la bendición de la cosecha, ofrecidas por la vieja sacerdotisa; y cuando ya el sol se trasponía en el horizonte, marcharon lentamente las jóvenes a los graneros del rico Pantang,

para depositar allí los pesados sacos de palay que habían sido cosechados aquel día.

Mientras acudían los segadores en tropel a los campos del opulento dueño de aquellos magníficos arrozales, unas cuantas mujeres cosechaban lentamente el grano en los pequeños campos de la pobre Albina, y cuando ya hubieron terminado su tarea, llegaron los acreedores de la infeliz vieja y se repartieron entre ellos el palay.

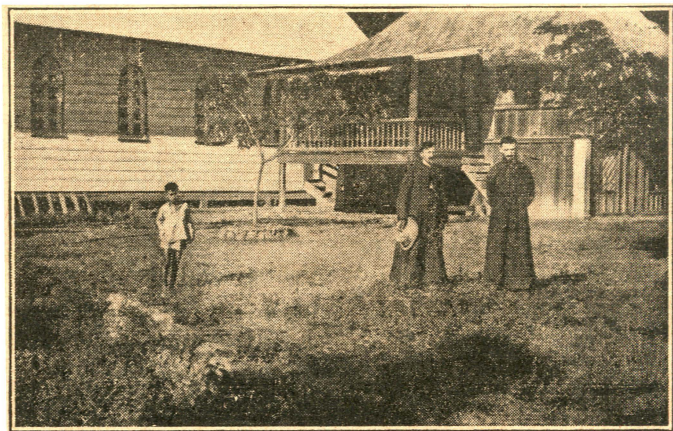
Al verse sola la infeliz Albina, hecho una mirada llena de tristeza a su cesta vacía y porrumpió en un mar de lágrimas.

Como ocurre con frecuencia cuando un cruel sufrimiento nos desgarrar el corazón de dolor, surgen a la memoria el recuerdo de muchos otros que también nos hicieron gemir en días pasados, aumentando ese triste recuerdo nuestra miseria y dolor.

¡Pobre viejecica! ¡Con qué amargura contemplaba el triste cuadro de su pasada vida! Cuanto aun era muy niña el cruel destino arrancó de su lado a sus queridos padres, y desde entonces no supo mas que de lágrimas y sufrimientos. Fueron tristísimos los años de su corta infancia, pero aun más amargos los que vinieron

con amor por aquel Jesús que tanto la amaba; y las lágrimas que ahora vertía no eran de desesperación: lloraba, si, pero resignada en sus padecimientos.

Mientras tanto llegó la noche, y los últimos rayos del sol poniente acariciaban dulcemente las altas copas de los pinos que se erguían en los picos de las colinas,



La Mision de Bokod

después de su matrimonio: había-se casado con un hombre perverso que la abandonó después de haber vivido unos cuantos años conyugalmente, con ella dejándola más triste y sola. Y así fué viviendo la pobre Albina, sumida en dolor y pobreza, hasta que luego un día, feliz e inolvidable para ella, en que sus ojos se abrieron a la Verdad, y la luz de la Fe inundó de consuelo su alma adolorida: desde entonces aprendió a sobrellevar su dolor con resignación,

mientras que las negras sombras envolvían en tinieblas las hondas barrancas.

Abandonaron los campos las gentes y volvieron al pueblcito en donde ya se veían las rojas hogueras que chisporroteaban frente a las rudas chozas.

—Nagona, Albina, murmuró dulcemente una voz al oído de la pobre viejecica: ¿Qué te pasa, mujer?

Levantó el rostro la vieja, y vió a Duling junto a su lado, mi-

rándole con ojos benignos.

—¿Qué ha ocurrido, Albina? ¿Por qué lloras? ¿Estas enferma? Dime, ¿qué te ocurre?

—Nada, Duling, respondió la viejecica con voz trémula, haciendo esfuerzos por contener su llanto. Estaba triste, muy triste, y con la punta de su harapososa falda, secóse las lágrimas.

De pronto las notas del Angelus rompieron el silencio de aquel sosemne atardecer, y Albina y Duling callaron: cruzando las manos y agachando la vista, rezaron la salutación a María. ¡Qué consuelo! allá en el cielo tenían una Madre bondadosísima, una Madre que ama a sus hijos con ternura, que los socorre en sus aflicciones.

Y después recogieron sus cestas y marcharon lentamente a través de los campos.

—Albina, decía Duling con cariño, no debes perder las esperanzas: —¿no ves que nuestra pobreza es una bendición? Segura estoy

que Jesús, que ve el dolor que te amarga el corazón, te enviará alivio. No te preocupes ya del arroz que se llevaron tus acreedores, ya pagaste tus deudas.... Ven, entremos en la iglesia, postrémonos ante María y pidámosla su protección....

Cuando algunos días más tarde entró Albina en su mísera cabaña y comenzó a encender el fuego para preparar su humilde cena, vió en un rincón del aposento una gran pila de arroz recién cosechado, y su corazón llenóse de alegría....

Al día siguiente vióse con Duling quien la dijo dulcemente: —¿Acaso no está bien que los pobres se socorran mutuamente por amor de Dios, querida Albina?

En verdad, los pobres son los que mejor realizan los sufrimientos de sus compañeros en el infortunio, y sus generosas acciones son el reflejo de la caridad divina.

—*—

